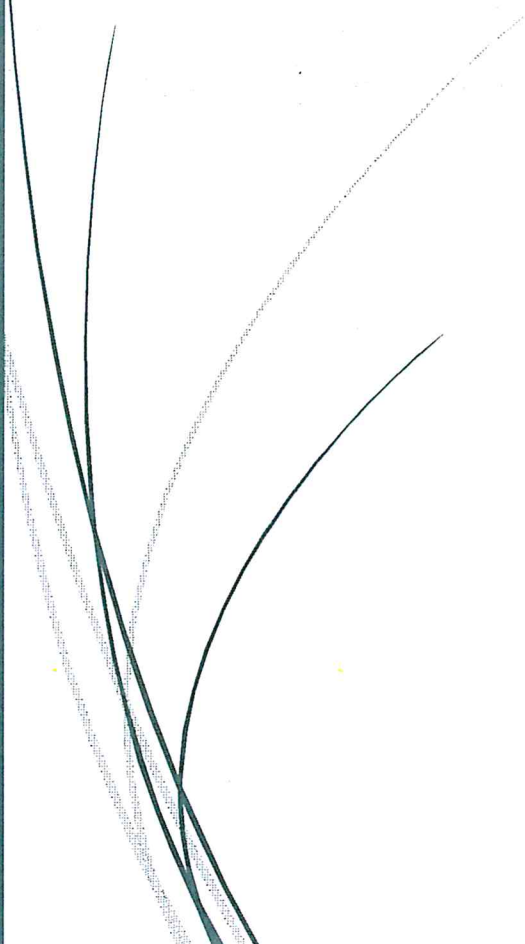


PARTICIPANTE: RELATO
FLAMENCO 1

TÍTULO: Argentinita
SEUDÓNIMO: Argentinita
CATEGORÍA: Relatos flamencos



ARGENTINITA

Aún recuerdo mi primera muñeca. La llamé “Argentinita” en honor a Doña Encarnación López Júlvez, bailaora y coreógrafa que, por haber nacido en Argentina y bailado en Nueva York, me parecía aún más grande. Enseguida le quité su vestido de calle y lo sustituí por uno de esos ajustados en la cintura para realzar las curvas y lleno de volantes hasta los pies, con esos colores tan vivos que, a un par de vueltas parecían escaparse incluso del vestido para formar un arco iris en el aire. La calcé con unos zapatos con hebilla para que no se le escaparan de los pies durante el taconeado y le dije que juntas llegaríamos a ser sino como la Argentinita, igual a Pastora Imperio (Pastora Rojas), María Rosa Orad o La Sordita (Juana Valencia).

A madre le hacía gracia sobre todo porque en casa no se cantaba ni un fandango y mucho menos había tiempo para palmas y toques de cajón flamenco. Padre trabajaba en el olivar y madre limpiaba aquí y allá para poder llenar el puchero de habichuelas. Como no tenía con quién dejarme, a veces, me llevaba con ella.

-Quieta te has de estar, que si molestas, me despiden. Y a ver como vamos a comer con lo poco que gana tu padre.

Yo no me movía. Y donde menos, en la academia. Llevaba a mi Argentinita abrazada y me sentaba en un rincón. Las chicas se fueron acostumbrando a mi presencia y ensayaban como si no hubiera espectadores. De vez en cuando me traían algún retal que les había sobrado después de hacerse coser los trajes nuevos y yo lo usaba para cambiar el vestuario de mi muñeca. Los tenía verdes, rojos y amarillos. De seda y raso y hasta con enaguas.

Mientras fui pequeña simplemente me quedaba embobada. Sin pestañear apenas.

Como si se me cortara la respiración. Aquel baile era tan profundo, tan lleno de emociones, que no podía sino quedar medio hipnotizada. Desde luego que no me movía durante todo el rato que madre limpiaba suelos y baños, sacaba brillo a los cristales y planchaba si hacía falta el vestuario para las actuaciones. Incluso se le daba bien almidonar las enaguas para dar volumen a las faldas y sabía como colocar el Mantón de Manila para realzar el escote palabra de honor.

Conforme fui creciendo aprovechaba el rato mejor. Seguía quieta pero memorizaba cada movimiento, aprendía de cada error y deseaba estar lejos de ojos indiscretos para intentar reproducir ese baile que a ritmo de palmas y guitarra, de castañuelas y zapateados emulaba el cuerpo estirado de los flamencos y se colaba hasta el corazón.

Cuando madre me mandaba con el botijo de agua y el poco almuerzo que había para llevarle a padre hasta la finca, aprovechaba yo para bailar. El camino hacia el Arroyo de la Zarzuela que discurría por entre los olivos era el lugar perfecto cuando caía el sol del mediodía. Tras dejarle a padre el pañuelo con las viandas tenía un rato para practicar. Llegaba a casa despeinada porque un buen baile, de esos en los que se pone el alma, terminan por arrancar las gomas del pelo, sofocar la sangre y resoplar como un caballo que ha galopado varias millas. Madre achacaba el desaliño a la hora de calor y me reprendía por haber tardado tanto.

-Cualquier día te da una insolación. Hay que ver como se entretiene esta niña
-sin imaginar los verdaderos motivos.

La profesora ni siquiera me preguntó si quería aprender porque aparte de callada, yo era torpe. O me hacía la torpe para no llamar la atención. Me daba vergüenza que me vieran bailar y que escucharan mi canto por soleá y bulerías así que las pocas veces que

me mandaban por algún recado, me tropezaba hasta tal punto que supuse me creían medio boba.

Hasta que de tanto deseo que tenía por bailar, esos ratos en los que estaba sentada en un rincón me asaltaba el llanto. Quieta sí me estaba pero los pucheros desconcentraban a las niñas que lejos de atender las indicaciones de Doña Dolores y escuchar la guitarra de Pacheco en compás de seguiriya, oían como sorbía los mocos y no acertaban a taconear.

-A esa niña le pasa algo. Debería llevarla al médico porque no para de llorar. No es bueno que pase tanto tiempo sola. Se habrá deprimido -le recomendaron a madre. Además, por si no lo sabe, no es normal que a esa edad hable con su muñeca.

La única que me entendía era Argentinita. Era cierto que le contaba mis cosas y no contestaba nunca pero a mí me daba igual. Argentinita podía hacer lo que yo no podía y por eso la quería tanto.

-Al menos una de las dos triunfa -le decía comiéndomela a besos.

Otras veces le preguntaba si creía que bailaba bien, si me había equivocado, si debía poner la espalda más recta y elevar los brazos hasta los noventa grados. Si el vestido había volado con gracia o se me había enredado en los tobillos. A falta de un espejo como había en la academia, yo debía guiarme por mi intuición.

Con el doctor me costó más salvar las apariencias. Me dejé auscultar. Abrí la boca para que me viera la garganta. Dejé que me pusiera el termómetro. Le dije que no me dolía la cabeza, ni la barriga. Movía la cabeza como no llegando a acertar lo que me pasaba. Y tenía razón. Mi mal procedía del alma, de no poder bailar, del sueño frustrado y de tantas horas que pasaba mirando los carteles de los cafés donde bailarían el Caracolillo, Farruco, Pepe Marchena, La Paquera de Jerez, Estrellita Morente y tantos

otros a los que admiraba.

-Sinceramente no sé lo que tiene la niña. Cosas de la edad. Que le de más el aire y se distraiga. Si no se le pasa, tráigala en un par de semanas.

Lo único que logré fue que en vez de acompañar a madre, me mandaban con padre al olivar. Y allí sí que me aburría mucho pues los hombres se afanaban con lo suyo y ni siquiera se arrancaban con un cante campero.

-¿Qué haces? -me preguntó un niño que estaba igual de aburrido.

-Dicen que no me puedo quedar en casa sola. Que aquí me vigila mi padre. Y que si necesita algo, se lo acerco.

-Ya. Si no fuera por las avutardas, me habría muerto de asco. -dijo. Y me enseñó un puñado de plumas que había ido recolectando. Y señalándolas con el dedo añadió: ¡Míralas como se pavonean!

A mí me recordaron un poco a los flamencos. O al flamenco. Las observé abrir y cerrar sus alas, la forma coqueta de caminar y me sorprendió que fueran casi igual de silenciosas que yo, como si también desearan pasar desapercibidas.

En uno de mis ensayos me torcí un tobillo, razón por la que, aparte de llamarme torpe, regresé de nuevo al cuidado de madre y al rincón de la sala de baile de la academia. Me di cuenta de cuanto lo había añorado y cuanta falta me hacía no mostrar mis sentimientos. Me prometí no llorar. Y se lo dije a Argentinita.

-Si he de aprender, solo tendré que fijarme ¿No te parece?

Mi cuerpo se fue estirando y ya casi podía meterme dentro de los trajes más pequeños que estaban colgados en perchas y se reservaban solo para las actuaciones. A veces los acariciaba con la yema de los dedos y soñaba con llevar uno puesto, pero había como un miedo interno a estropearlos de tantas veces que me habían advertido

que no los tocara bajo ningún concepto si no quería recibir una buena zurra en el trasero.

Doña Dolores estaba muy ocupada con la preparación de la gala de fin de curso. Repasaba una y otra vez las coreografías de grupo y de las solistas, corregía pequeños detalles y no paraba de decir que debía salir “perfecta” porque venían hasta de Japón para ver el resultado de un año de clases. Que para bailar flamenco había que llevarlo dentro pero no olvidar seguir el ritmo, escuchar a los cantaores, entregar el alma en el escenario.

-Ay Argentinita, lo que daría yo por poder bailar. Aunque solo fuera una vez. Un ratito -me quejé yendo hacia los olivares. ¡Mira! ¿Tú crees que se darían cuenta?

Argentinita nunca respondía así que cuando escuché unos aplausos y un “Fabuloso” sentí morirme. Era Andresín, el niño de las avutardas.

-Pero mi niña, ¿desde cuando bailas tú tan bien?

No sé porqué confié en él. Quizá porque no tenía amigas. Porque no se había burlado. Porque aunque dijera que me había visto, siendo tan torpe, nadie terminaría de creerle. Y porque aunque Doña Dolores me invitó un día a seguir la clase (hacía tanto tiempo que hasta se me había olvidado) al ver que no atinaba, me mandó de nuevo a mi rincón.

-Pues podías bailar en esa gala de la que hablas -aseguró.

-¿Estás tonto? ¿Y cómo piensas que podría hacerlo? -respondí.

-Pues bailando en lugar de otra. ¿No dices que cada niña tiene dos o tres bailes? Pues uno de esos solistas lo haces tú y punto. Así verás que puedes. Nadie tiene porque darse cuenta. Será fácil. Si quieres, te ayudo.

-¿Pero cómo de fácil? Porque hay que vestirse y desvestirse. El peinado. Los

zapatos. Todo lleva su tiempo. Además, ninguna va a dejarme bailar. Se mueren de ganas porque las vean bonitas.

-Mi madre tiene unas pastillas para dormir. No tarda ni quince minutos en quedarse frita. Entre baile y baile, puedes ofrecerles agua con la pastilla ya disuelta. Tranquila que solo se dormirán. No vas a matar a nadie.

Era un juego sucio. Pero no tenía otra elección. Se me ocurrió Candela porque era la que tenía una constitución parecida a la mía y sería el único traje que podía llevar sin arrastrarlo. Su último baile era un fandango. Entraba en escena treinta minutos antes del final . Tenía tiempo para vestirme, desvestirme y que ella apareciera aunque somnolienta en la presentación final con el resto de chicas de la academia. A fin de cuentas, ella ya llevaría un traje puesto y solo tendría que salir a los aplausos y saludar.

El traje rojo era espectacular. Ajustado hasta los tobillos. Con un poco de cola. Estaba más nerviosa por si Candela no se dormía que por la propia actuación. Pero en cuanto bebió el agua y mientras trataba de retocarse el maquillaje, roncaba. Yo aguardé a que anunciaran su nombre para salir a escena. Sonaron los primeros acordes de guitarra. Las palmas. Y me arranqué en ese baile que tantas veces había observado desde mi rincón con esa rabia que llevaba dentro que a punto estuve de romper la suela de los zapatos mientras levantaba al público de sus sillas. Al terminar, salí corriendo para ponerme mi vestido de faenar, soltarme el pelo y espabilar un poco a Candela.

-Te mareaste un poco. Debió ser el calor -le dije.

Y salí de su camerino para dejarme ver antes de que nadie sospechara sobre la suplantación de bailarina.

En platea, los japoneses querían conocer a la del vestido rojo. Candela no se lo había puesto todavía. Y tampoco estaba en condiciones de tenerse en pie.

-Algo ha debido de sentarle mal -decía Doña Dolores sin adivinar quien de sus chicas había brillado como los ángeles.

Cuando el enfado ya llegaba a los gritos fue Andresito el que me señaló con un dedo. Había llorado de emoción y quería que por una vez no me sintiera torpe.

-¿Tú? -me señalaba con el dedo Doña Dolores. No puedo creerlo. Si cuando te hice la prueba no eras capaz de seguir ni una castañuela.

El fotógrafo que estaba al fondo de la sala corroboró la versión de Andresito. Me había sacado varias fotos de cerca y desde luego que no era Candela sino yo la que iba dentro del vestido.

Pensé que iba a ganarme un gran castigo porque según diría mi madre, ese día me había pasado y mucho. Sin embargo, llegaron los ramos de flores, las felicitaciones e incluso esa posibilidad de poder bailar un ratito todos los días para seguir perfeccionando el flamenco. Un talento como el mío, decían, no se podía dejar en barbecho.

Ese día lloré de alegría y madre supo que esa extraña enfermedad que había asolado mi ánimo semanas atrás no había sido sino por no poder cumplir ese sueño que le contaba noche tras noche a Argentinita. Por fin las dos íbamos a bailar flamenco.

Si no hubiera sido por Andresito...y por su cante jondo...

Porque ese día le dije a Argentinita que si algún día viajaba por Panamá, Costa Rica, Venezuela, El Salvador o Guatemala, sería acompañada por mi Andresito, pues no podría tener ojos para otro.